

PIRATAS Y BONOBUSES**Víctor Manuel Martín Barrera**

Era una mañana helada, los rayos del gentil sol brillaban por estas latitudes de tal manera que los pajarillos se apresuraban a esconderse entre las enhiestas copas de los árboles de la avenida. Mientras mi padre se dirigía ya cabizbajo a su lugar de trabajo, en casa quedaba ya el olor a tabaco, a café y a tostadas de manera omnipresente y vespertina el rumor de los coches y autobuses entraba por mis oídos. Tenía yo 10 años y me encontraba ultimando la Educación Primaria. Eran jornadas largas, pero como niño que era, solo tenía tiempo de jugar y divertirme. Era una mañana congelada en el tiempo, impenetrable para mis recuerdos, mis ilusiones, mis labores de chaval inquieto y ágil con el pie izquierdo. Esta es la historia de un zurdo o, como en épocas antiguas y en contextos no tan urbanos se nos llamaba: los chotos. Esta es la historia de un viaje, de un complejo periplo hacia los días actuales porque pienso, creo y practico que nunca se deja de aprender.

Os narro la incredulidad de una infancia despierta por entre las calles de un barrio, de una ciudad celeste. Aquí y ahora vienen a mí retazos de una infancia que pasaba casi todos los días en contacto directo con la realidad deportiva, ya que cuando tenía diez años mis padres me apuntaron a un equipo de fútbol. Es una tarde ceniza y ocre, el cielo avisa truenos y lluvia pero aún sigo escuchando, en sueños, la voz de mi madre que nos dice a mí y a mi hermano mayor: pero cómo vais, con el tiempo que hace, a entrenar... A nosotros no nos importaban las temperaturas, los minutos que tardábamos en llegar a las instalaciones deportivas, les cuento...

Acontecen lentas las esperas, terminan, empiezan las horas y el reloj te embauca silenciosamente. Les hablo de vivencias, experiencias sutiles que ferozmente devoran la infancia. Son las 4 y media de la tarde, es invierno en esta ciudad celeste y tras contemplar el techo de mi habitación, toco en la puerta de mi hermano y el autobús no espera, es ese medio de transporte en el cual se cruzan miradas, olores, sensaciones que hacen del conductor como un tripulante de sueños y melancolías.

Allá nos espera la meta, tocar el balón que es el objetivo que todos; en el autobús, vamos sintiendo, contando y aprendiendo, ya que, en aquellos entonces, les hablo de los años noventa, en el centro de la ciudad celeste no teníamos los chavales tantas oportunidades como tienen los actuales infantes. Cabe decir que para poder tocar un esférico teníamos que sortear multitud de obstáculos y paradas de autobús para, al fin, poder encontrarnos con nuestros compañeros, amigos y camaradas de la pelota.

La semana transcurría, para casi todos, con pensamientos de partido de fin de semana; el bote estrepitoso de la pelota acaecía fugaz, la paras, la miras, como observas a una mujer bonita, y callando, golpeas, centras, controlas todos los elementos que tu entrenador te va enseñando, mostrando. Un día más de entrenamientos suponía volver a cruzar la ciudad y además de esto el hecho de sentarte con tu padre a hacer las cuentas de autobús, de equipación, etc. Nuestro equipo es humilde y mientras todos los operarios de la institución reparan las porterías, nosotros vamos agarrando la tarde de tal forma que la mente queda lejos del colegio; cuando el sol está cayendo y las farolas del barrio empiezan gentilmente a alumbrarnos, llega la hora de marcharse, de volver a casa.

Estás cansado, ilusionado, crees en el sueño de ser futbolista profesional y, hay gente que te chilla, que te anima a ello. Con el tiempo te das cuenta de que nada es en vano y los intereses siempre están ahí. Es sábado, vamos a Córdoba y está lloviendo.

El invierno sigue haciendo mella en la tierra, aún recuerdo ese viaje en autocar, sentado en la ventana, mirando el pasar de los demás vehículos como una amplia y colorida cabalgata de destinos finales. Realmente estás solo, hay gente, ruido, pero el partido llega pronto y es cuando te pones más nervioso, ya que la lista de los chavales que no entran en el acta está por determinar.

Es una sala oscura, levemente iluminada por dos bombillas incandescentes, llegas a ver, desde tu infantil perspectiva de vida, que ahí se puede terminar todo, que tus sueños se vienen abajo por una decisión personal. La historia no termina, la lluvia incesante hace estragos en nuestras musculaturas de tal manera que el viento azota, ruge, desvirtúa el espectáculo. Ese día, en esa latitud, en otra ciudad, piensas que has logrado tu reto, tu viaje.

Contamos historias, las recreamos, las vivimos pero casi nunca reflexionamos sobre lo sucedido. Antes del partido, durante la semana de entrenos el clima en la cancha es muy bueno, haciendo una metáfora e intentado recordar lo vivenciada allá, es como si se tratase de una compañía militar, la cual está esperando una orden. Tenía yo diez años cuando la merienda estaba lista en el sofá y tenía diez años cuando el vaso de Cola-Cao se derramaba por entre mis labios, con ese calorcito que me encantaba.

Viví una infancia mezclada y, desde la incursión en el mundo del fútbol, he conocido a mucha gente. La brisa que mueve las equipaciones, a nuestro lado tendidas mientras estamos estirando en la valla, mueve mis párpados de tal manera que la infancia se va diluyendo, entrando en el túnel de vestuarios. Son estaciones olvidadas, personas a las cuales ves por 90 minutos como alguien extraño, desconocido, pero que, como nosotros, tienen las mismas ilusiones y esperanzas: tocar la pelota.

Ahora es el lugar destinado a apartamentos, allí pasé cientos de horas disfrutando del deporte; cuando me paro delante de él aún en el vestuario, las lágrimas acontecen en mi cara, en mis pupilas, de tal manera que nunca el viento se las llevará. Un recuerdo, un peto compartido, una lista, una señal de ¡listos!...La vida pasa deprisa y el balón sigue rodando.

Un tiempo, una luz, un entrenador que nos anima, nos conoce y que él también tiene su sueño. Formábamos todos un gran barco que se dirigía hacia la consecución de unos valores sociales y deportivos. La infancia sigue creando escenarios futbolísticos, estadios, espectadores que están en la grada para vernos y pensar en que algún día serán como nosotros. El pitido vibrante del árbitro indica el final del primer periodo y el encuentro está empatado; la lluvia sigue cayendo y suena calamitosamente en la uralita de la oscura sala que nos alberga por esos inolvidables segundos que ya están pasando a esta historia que les narro.

Con felicidad interrumpida, con letargo inacabado estamos ya de vuelta, por 167 la carretera, hacia la ciudad celeste. No importa el resultado, sino que hemos estado allí, impregnados de barro, de agua, de esfuerzo y sinrazón porque que es el fútbol sin la irracionalidad, sin la locura y espontaneidad de un crío que la noche anterior sólo ha pensado en marcar un gol al equipo adversario en ese campo. Quedan viajes, quedan medias que calzar, si el presupuesto acompaña iremos más lejos la próxima temporada, habrá más rifas, más sorteos, más charlas con tu padre después del partido y por qué no, más lavadoras funcionando.

Era una mañana helada, un viento que rugía, un balón que soñaba.